

Por la autora de *El tiempo entre costuras* y *Misión Olvido*



MARÍA DUEÑAS

La Templanza





Sólo las grandes historias despiertan grandes emociones



Por la autora
de *El tiempo
entre costuras* y
Misión Olvido

Nada hacía suponer a Mauro Larrea que la fortuna que había levantado tras años de tesón y arrojo se le derrumbaría con un estrepitoso revés. Ahogado por las deudas y la incertidumbre, apuesta sus últimos recursos en una temeraria jugada que abre ante él la oportunidad de resurgir. Hasta que la perturbadora Soledad Montalvo, esposa de un marchante de vinos londinense, entra en su vida envuelta en claroscuros para arrastrarle a un porvenir que jamás sospechó.

De la joven república mexicana a la radiante Habana colonial; de las Antillas al Jerez de la segunda mitad del XIX, cuando el comercio de vinos con Inglaterra convirtió la ciudad andaluza en un enclave cosmopolita y legendario. Por todos estos escenarios transita *La Templanza*, una novela que habla de glorias y derrotas, de minas de plata, intrigas de familia, viñas, bodegas y ciudades soberbias cuyo esplendor se desvaneció en el tiempo. Una historia de coraje ante las adversidades y de un destino alterado para siempre por la fuerza de una pasión.



María Dueñas (Puertollano, Ciudad Real, 1964) es doctora en Filología Inglesa. Tras dos décadas dedicada a la vida académica, irrumpe en 2009 en el mundo de la literatura con *El tiempo entre costuras*, a la que sigue en 2012 *Misión Olvido*. Ambas novelas se han convertido en grandes éxitos editoriales y han cautivado por igual a lectores y crítica, con traducciones a 35 lenguas y más de cinco millones de ejemplares vendidos en todo el mundo. La adaptación televisiva de *El tiempo entre costuras*, realizada por Antena 3, logró un clamoroso éxito de audiencia y ha sido reconocida con numerosos galardones.

La Templanza es su tercera novela.

www.mariaduenas.es

MAURO LARREA



No mantenía intacto el vigor de aquellas épocas de bronco laboreo y en sus sienes se habían multiplicado las hebras plateadas pero, como si su organismo quisiera rendir un tributo a los titánicos esfuerzos de entonces, el paso del tiempo no le había castigado en demasía. A sus cuarenta y siete años, a parte de un buen puñado de huellas de heridas, de la notoria cicatriz de la mano izquierda y el par de dedos machacados, conservaba fibrosos los brazos y piernas, el abdomen contenido y la misma recia espalda que nunca pasaba desapercibida ante sastres, adversarios y mujeres.

Tenaz, pragmático, luchador. Criado en una aldea castellana por su abuelo, un herrero vasco. Casado muy joven con Elvira, padres de dos hijos, Mariana y Nicolás. Viudo desde el parto del segundo, tras el cual decide emigrar a México. Allí empieza a trabajar como un simple minero, hasta que un accidente casi le cuesta la vida. Arranca entonces a luchar en pos de un futuro mejor hasta convertirse en un solvente empresario.

(...) y así comenzó, moviéndose como contaban los más viejos que en otros tiempos hacían sus compatriotas, los mineros españoles de la colonia. A tientas. Perforando desde la más absoluta ignorancia, siguiendo tan sólo su olfato como un perro; a golpe de conjeturas. Sin basarse en cálculos medianamente razonados, sin el menor rigor científico. Con errores de bulto, refractario a la prudencia, movido simplemente por la ambición de triunfar. Sólo le apoyaban una cabeza terca, un cuerpo fuerte y dos hijos a los que dar de comer.

Capaz de conservar la frialdad ante los problemas, una aguda mirada autocrítica y una enorme capacidad adaptativa para afrontar lo imprevisto.

Por qué nunca dejará de asombrarme este cabrón, pensó Andrade antes de que el agotamiento le cerrara los ojos. Y en su pensamiento no había más que verdad. A pesar de lo mucho que lo conocía, él mismo estaba desconcertado ante la manera en la que Mauro Larrea había encajado su descomunal revés. En el mundo siempre incierto en el que ambos llevaban moviéndose desde hacía décadas, los dos habían sido testigos de numerosos descalabros a su alrededor: hombres encumbrados que en su caída perdían el juicio y cometían todos los desatinos imaginables; seres cuya entereza se mecía como un junco apenas se sentían desprovistos de sus caudales y se desbocaban cual corcel sin bridas tan pronto vislumbraban la derrota.

Poco dado a mostrar abiertamente sus sentimientos, aunque llegado el momento se deje arrastrar por la pasión.

Esta vez no fue capaz de contenerse. Agarrándola por la muñeca la atrajo hacia el dobléz de una esquina, donde nadie podría verlos si volvían la mirada preguntándose dónde demonios estaban. Le rodeó entonces el rostro con sus manos grandes y castigadas; deslizó los dedos alrededor del cuello esbelto, llegó a la nuca, se aproximó. Con ansia primaria fundió sus labios con los de Soledad Montalvo en un beso grandioso que contenía todo el deseo embarrancado a lo largo de los días y toda la abismal angustia que le estrangulaba el alma y todo el alivio del mundo porque al menos una, una única cosa entre las mil calamidades que le acuciaban como espolones, había salido bien.



SOLEDAD MONTALVO

(Sol Claydon por matrimonio)



En su rostro había finura y en su prestancia, armonía. En sus grandes ojos castaños, una carga inmensa de curiosidad.

— Sol Claydon— añadió tendiéndole una mano enguantada. —Aunque durante un tiempo de mi vida también fui Soledad Montalvo. Y viví aquí.

Hermosa jerezana, refinada, mundana. Nieta de un poderoso bodeguero, hija de un padre bala perdida. Casada muy joven por decisión del patriarca con un maduro marchante de vinos inglés, residente habitual en Londres, gran conocedora del negocio.

Obligada por las circunstancias a actuar con oscuras tretas al margen de su marido. Acuciada por las consecuencias de sus propias acciones ilegales, necesitada de cómplices. Segura y firme, con todo, al respecto de sus actos.

Esta vez no fue vino lo que se llevó a los labios, sino un largo trago de agua, quizá para que le ayudara a diluir la mezcla de rabia y tristeza que había asomado a su rostro.

— Mi marido tiene problemas muy serios, Mauro. No son simples jaquecas como le hicimos creer el otro día; desgraciadamente se trata de algo bastante más complicado. Y mientras él no se encuentre en disposición de tomar medidas que contrapesen los ataques de su primogénito contra las pequeñas gitanas del sur, como nos llama despectivamente a mis hijas y a mí, la responsabilidad de protegerlos está en mis manos. Y por ello, no me ha quedado otra solución más que actuar.

— Pero no contraviniendo de esa manera la ley, por Dios, Sol...-- dijo Ysasi.

— De la única forma que puedo, mi querido doctor. Reventando el negocio desde dentro; de la única manera que sé.

Hábil negociadora, llena de recursos, por delante siempre.

A punto estaba de preguntarle y usted cómo demonios lo sabe cuando una ráfaga de repentina lucidez le paró. Claro que lo sabía, imbécil, cómo no iba a saberlo. Sol Claydon sabía que la pareja de sirvientes llegaría a su nueva residencia porque ella misma se había encargado de que así fuera: ella fue quien decidió que adecentaran el decrepito caserón de su familia para que él pudiera vivir con mediana comodidad, quien ordenó que alguien le preparara comidas calientes y le lavara la ropa, quien se aseguró de que la vieja criada armonizara con Santos Huesos. Soledad Montalvo lo sabía todo porque, por primera vez en su vida, a aquel minero vivido, bragado, fogueado en mil batallas, se le había cruzado en el camino una mujer que, al socaire de sus propios intereses y sus propias urgencias, iba siempre tres pasos por delante.



México

La novela arranca en el México independiente de la década de 1860, con la presidencia de Benito Juárez, las continuas guerras internas entre conservadores y liberales, y las tensiones externas con Francia, Inglaterra y España.

Mauro Larrea recibe en su residencia la visita de la viuda y la hermana de su proveedor norteamericano. Le trasladan la noticia de que toda la moderna maquinaria con la que pretendía abordar la gigantesca explotación minera de Las Tres Lunas sido retenida por causa de la guerra civil que enfrenta a los Estados Unidos del norte con la Confederación Sudista. Su apoderado e íntimo amigo Elías Andrade evalúa detenidamente el alcance de la coyuntura: no hay manera de recuperar la inversión millonaria y el resultado es la ruina absoluta. Mientras se esfuerza por buscar una salida a su angustiosa situación financiera, se endeuda con el prestamista Tadeo Carrús. Vamos conociendo datos acerca de su pasado, su traslado a América con dos hijos pequeños, y la manera en que llegó a forjar una fortuna en el México independiente y convulso de la segunda mitad del XIX.

Entramos en contacto con su mundo. Su hija Mariana, joven embarazada vinculada por matrimonio una aristocrática familia de tiempos de la colonia. Su hijo Nicolás, díscolo e irreflexivo, ausente en Europa y comprometido con la heredera de otra insigne familia. Su criado chichimeca Santos Huesos, que le acompañará a lo largo de toda la trama. Sus consuegros: la despótica condesa de Colima que le entregará un capital para que lo invierta en su nombre, y el potentado Ernesto Gorostiza, quien le encarga el favor de hacer llegar una considerable cantidad de dinero a su hermana Carola, residente en La Habana y casada con Gustavo Zayas, un español de fortuna incierta e intrigante pasado.

Nos adentramos además en un dinámico mural lleno de pinceladas coloristas que refleja la situación política, económica y social de la república mexicana en las primeras décadas de su independencia.

Concluimos con la salida de Mauro Larrea de la capital y su breve estancia en la mítica Veracruz, antiguo puerto de entrada de personas y mercancías procedentes de la vieja Madre Patria en tiempos del virreinato.

La Habana

La segunda parte de la novela nos adentra en la próspera Cuba aún dependiente de la corona española, con sus inmensos beneficios derivados del cultivo del azúcar, la esclavitud plenamente aceptada y escasos afanes independentistas. Y dentro de ella, La Habana, tumultuosa, rica, ostentosa y desprejuiciada.

Mauro Larrea desembarca junto a su criado en la espléndida Habana como un anónimo hombre de negocios en busca de oportunidades. La realidad es que está en la más absoluta bancarrota y necesita desesperadamente una solución. Se aloja en una casa de huéspedes desde la cual contemplamos la agitada y pintoresca vida de la última posesión del ya desastroso Imperio Español. Deposita el poco dinero propio y el mucho ajeno que lleva consigo en la oficina bancaria del anciano Julián Calafat, con quien forjará una entrañable relación. Empieza así mismo a hacer averiguaciones sobre potenciales maneras de prosperar con rapidez en las Antillas.

Entra en contacto con la mexicana Carola Gorostiza para entregarle el encargo de su hermano pero, para su sorpresa, ella le pide intrigante que le custodie la cantidad a fin de que su marido, Gustavo Zayas, no llegue a saber de su existencia. El banquero Calafat le invita a participar en un prometedor negocio de importación de carne congelada desde la Argentina. Carola Gorostiza, por su parte, le abre puertas a una sucia empresa de trata negrera. Él le propone a su vez juntar sus ingresos para entrar como accionistas en el proyecto de Calafat, pero ella insiste en el oscuro negocio de la venta de esclavos.

Ante la falta de acuerdo y sumida en un furioso rencor, ella hace creer a su marido que Mauro Larrea la pretende. Gustavo Zayas, el esposo, le observa mientras juega al billar en el mítico café habanero de El Louvre y, movido aparentemente por los celos, le reta para salvar su honor. Él, aunque dista mucho de estar sentimentalmente interesado por la mujer de Zayas, en un arrebato temerario acepta el desafío: una partida a ciento cincuenta carambolas que tendrá lugar una noche de tormenta en el prostíbulo que una legendaria fulana negra, La Chucha, regenta en el barrio más infame de La Habana, El Manglar.

Tras la primera partida, acceden a una segunda con fuertes apuestas. Mauro Larrea arriesga todo su menguado capital mas parte del dinero de su consuegra. Gustavo Zayas compromete unas sólidas propiedades inmobiliarias en Andalucía. Después de una larga madrugada de juego feroz, con las cortinas corridas para evitar que se filtre la abrumadora luz de la mañana caribeña, el minero, desastroso y exhausto, resulta vencedor.

Jerez

La tercera parte nos lleva al Jerez de los bodegueros con el esplendor del negocio vinatero propiciado por las cuantiosas exportaciones de vino a Gran Bretaña y por la implicación en el sector vitivinícola local de capitales extranjeros.

Mauro Larrea cruza el Atlántico. El patrimonio conseguido gracias a la apuesta resulta ser una desolada casa-palacio, una bodega inoperativa desde décadas atrás y una viña abandonada, La Templanza. Empieza a ser conocido en Jerez como un indiano rico prófugo de la compleja realidad del México independiente, él alimenta la falsedad. Su intención es vender lo antes posible cualquiera de las tres propiedades a fin de obtener una liquidez inicial con la que regresar a México. Su pretensión, sin embargo, se ve bruscamente frenada al conocer la existencia de una cláusula testamentaria que obliga a la compraventa de las posesiones en su conjunto, algo difícil a corto plazo.

Mientras recorre malhumorado el caserón lamentando su mala fortuna, aparece intempestivamente en él una mujer, Soledad Montalvo –Sol Claydon como casada—, última descendiente de la familia bodeguera a la que en su día pertenecieron los inmuebles, esposa de un maduro marchante de vinos inglés y prima hermana de Gustavo Zayas, su contrincante en la partida de billar.

El presente de Mauro Larrea comienza a partir de entonces a entremezclarse irremediabilmente con el sinuoso pasado del clan jerezano de los Montalvo, de cuyo patrimonio es ahora dueño. Sabremos así de las egoístas decisiones del patriarca don Matías, de los destinos de los distintos miembros, y de las correrías del primo menor Luis, conocido por todos como el Comino.

Consciente de que Soledad ejerce sobre él una poderosa y contraproducente atracción, el minero intenta mantenerse al margen de ella. A pesar de su inicial resistencia, los turbios asuntos de la atractiva y desconcertante jerezana acaban por arrastrarle, llevándole a participar juntos en una maraña de fraudes y tropelías en los que estarán sucesivamente implicados un abogado londinense, el tramposo hijastro de ella, una monja cargada de rencores y de nuevo Carola Gorostiza, que llega desde Cuba acompañada por su joven esclava mulata para reclamar a la desesperada lo que un día le perteneció.

Crece la acción. Multitud de idas y venidas de entre Cádiz y Jerez, incursiones en un convento en plena noche, copas de vino en casinos, tabancos y tabernas, una atracción sentimental cada vez más irresistible, puertas abiertas a patadas, amenazas a punta de cuchillo y dedos quebrados a traición. Valses con Soledad entre

bodegueros de alcurnia en los grandes salones del Alcázar, un médico cauteloso y una gitana que lee la buenaventura, reencuentros con seres queridos, un rico comerciante gaditano, traslados de indeseables en la oscura bahía a barcos cargados de sal, despedidas que parten el alma, besos tan arrebatados como improcedentes en la madrugada, un calamitoso incendio y el doloroso suicidio de alguien entrañable, tras el cual por fin confirmarán sus intenciones unos compradores dispuestos a quedarse con el lote completo de propiedades que él ansiaba en un principio vender.

Es tarde, sin embargo. Para entonces, algo fundamental ha cambiado dentro de Mauro Larrea y ya no hay vuelta atrás. Con Soledad enviudada de regreso a Londres y a su mundo de siempre, él se volcará en el empeño tenaz de devolver la actividad de otros tiempos a la viña y a la vieja bodega. Se retirará a La Templanza, aprenderá el oficio vinatero con humildad, se planteará nuevos retos. Hasta que una mañana de septiembre, en plena vendimia, cuando el minero trasmutado en bodeguero cree perdida cualquier esperanza de recomponer el desgarró de su corazón, entre carros cargados de mosto y trasiego de toneles, ve llegar de nuevo a una mujer.



Órbita de Mauro Larrea

ELÍAS ANDRADE: Apoderado e íntimo amigo mexicano. Celoso vigilante de los intereses personales, económicos y familiares de Mauro. La voz de su conciencia en la distancia.

MARIANA LARREA: Hija mayor, su gran aliada. Inteligente y capaz, entroncada por su reciente matrimonio con una aristocrática familia mexicana. A punto de dar a luz; del nacimiento de su hija, Elvira, tendrá Mauro Larrea constancia al final de la novela.

NICOLÁS LARREA: Hijo pequeño, de carácter irreflexivo, pasa una temporada en Europa antes de matrimoniar con la rica heredera Teresa Gorostiza. Aparecerá intempestivamente en Jerez, se rebelará contra las decisiones paternas y acabará trazando su propio destino.

SANTOS HUESOS QUEVEDO CALDERÓN: Indígena chichimeca, criado de confianza de Mauro Larrea desde los tiempos de las minas. Ingenioso, escurridizo, cómplice, leal. Analfabeto pese a sus apellidos literarios. Acompañará a Mauro a lo largo de toda la trama.

TADEO CARRÚS: Prestamista sin escrúpulos, viejo conocido de los campamentos mineros con quien Mauro Larrea contrae en el presente una enorme deuda.

ÚRSULA HERNÁNDEZ DE SOTO Y VILLALOBOS, CONDESA DE COLIMA: Su consuegra por el matrimonio de Mariana. Anciana despótica, nostálgica de los días en que México era aún un virreinato de la corona española. Tendrá mucho que ver en los asuntos financieros de Larrea.

ERNESTO GOROSTIZA: Futuro consuegro de Mauro, padre de Teresita, pertenece a la elite de la ciudad de México. Encarga a Mauro Larrea que lleve una sustanciosa cantidad de dinero a su hermana pequeña, Carola Gorostiza, residente en Cuba.

JULIÁN CALAFAT: Banquero cubano de origen mallorquín, inteligente, ácido y previsor, gran apoyo de Mauro Larrea en su etapa habanera e incluso posteriormente.

ANTONIO FATOU: Corresponsal gaditano de Calafat, dueño de una centenaria casa de comercio. Anfitrión de Mauro Larrea durante sus días en Cádiz y ayuda fundamental para resolver algunos de los conflictos.

CAROLA GOROSTIZA DE ZAYAS: La causante de todo el imprevisible devenir de Mauro Larrea en La Habana. Descarada, manipuladora, intrigante y con un humor rabioso. Llega a Jerez persiguiendo a Mauro exigiendo la devolución de lo que era suyo.





Órbita de Soledad Montalvo

GUSTAVO ZAYAS MONTALVO: Primo de Soledad, perteneciente al clan de los Montalvo, abandona España joven por oscuras circunstancias familiares. Casado con Carola Gorostiza y residente en La Habana. Tiene fama de ser inestable en las empresas y con los capitales. Personaje trágico, marcado por acarrear con la culpa injusta de una muerte y por perder a su amor de juventud.

LUIS MONTALVO, EL COMINO: Primo menor de Soledad, fallecido en Cuba durante una visita a su primo Gustavo Zayas. Vida desmadrada, físico quebrado, carga silenciosamente con una inmensa culpa. De él heredará Zayas las propiedades que después se jugará al billar con Mauro.

MATÍAS MONTALVO: Difunto patriarca de la familia Montalvo, abuelo de Soledad, Gustavo y Luis. Nieto de un montañés (cántabro) que emigró a Cádiz e invirtió en viñas. Descuidó a sus dos hijos que resultaron sendas balas perdidas y puso su confianza en la tercera generación. Con sus interesados planes malogró el futuro de alguno de sus nietos.

EDWARD CLAYDON: Marido, treinta años mayor que ella. Próspero y distinguido marchante de vinos londinense, antiguo agente del patriarca don Matías Montalvo para la distribución de sus vinos en Inglaterra. Afectado por un grave desorden mental.

ALAN CLAYDON: Hijo del primer matrimonio de Edward, treintañero, oportunista, abusa de la condición mental de su padre para desplumarle, por su culpa comienza Soledad a cometer desmanes. Mauro Larrea se enfrentará a él en Jerez.

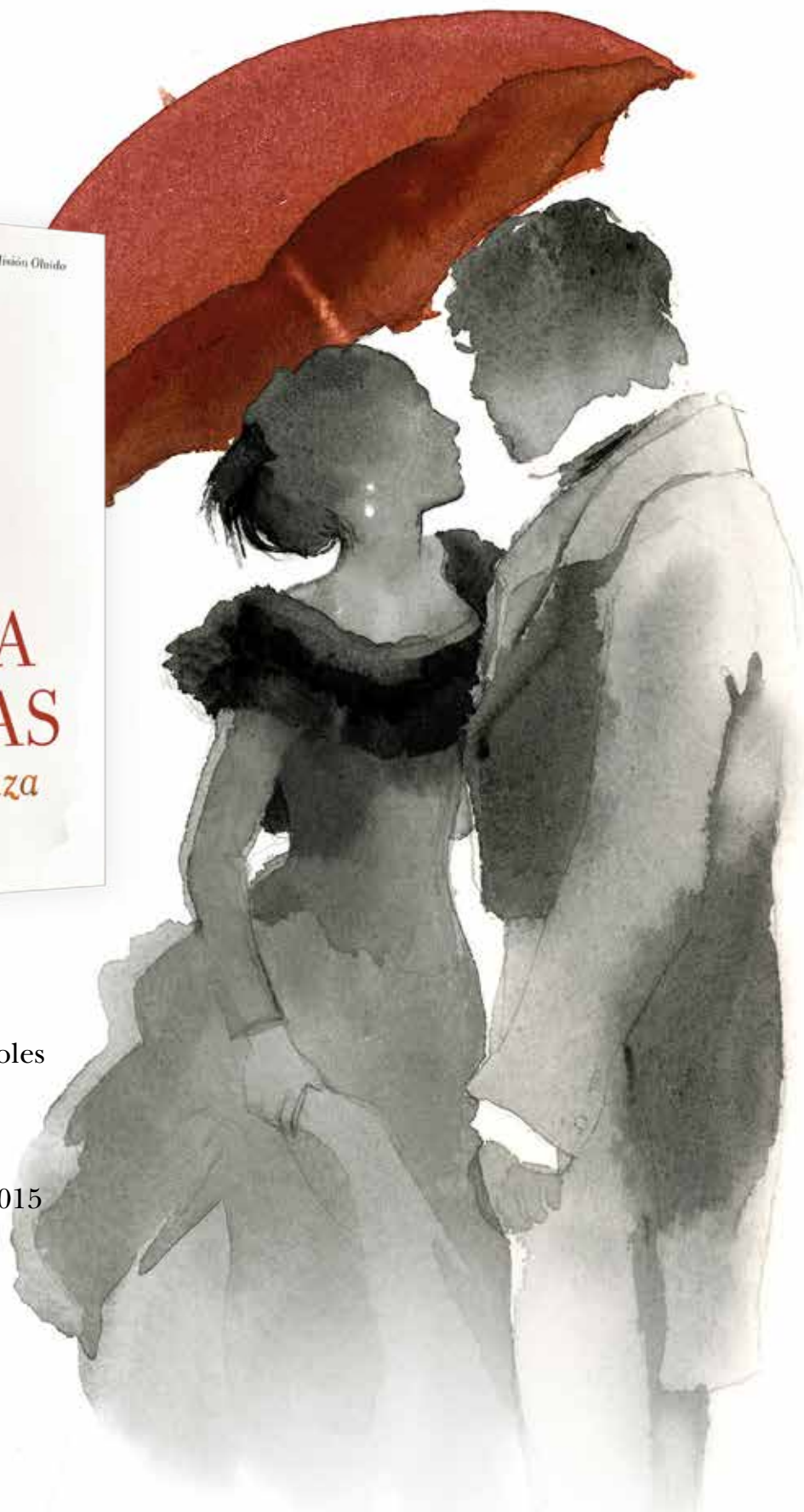
MANUEL YSASI: Médico jerezano, amigo de la infancia de Soledad y sus primos, conocedor de todos los acontecimientos pasados de los Montalvo, apoyo presente de ella. Prudente, reflexivo, altruista y libre-pensador. Cómplice a su pesar en diversos desmanes. Iniciará una sólida amistad con Mauro Larrea.

INÉS MONTALVO / MADRE CONSTANZA: Hermana de Soledad, religiosa ermitaña. Rompe con su familia a partir del matrimonio de Soledad con Claydon a quien finalmente custodiará en su convento.









Título: La Templanza
Autora: María Dueñas
Colección: Autores Españoles
e Iberoamericanos
Páginas: 530
Precio: 21,90 €
Salida a la venta: 17/03/2015

Isabel Santos • Jefa de prensa • Editorial Planeta
Tel.: 91 423 03 33 - Móvil: 606 564 737
Correo electrónico: isantos@planeta.es
Josefa Valcárcel, 42 - 5ª. 28027. Madrid
www.novedadesplaneta.es

 Planeta